

Autocrítica. La otra obsesión elizondiana

Selección del artículo PDF "El grafólogo"

¿Cómo podría ese escritor que se llama Yo crear una obra sin que para ello empleara o aplicara al acto mismo de crear esa obra, una potencia que no fuera, ella misma, acentuadamente crítica?, ¿cómo podría ese Yo crear una obra que no estuviera hecha de la sustancia de sí misma que el concebirla crea?, ¿de qué podría estar hecha la obra si no de sí misma y de la conciencia de sí misma en su creador?

Salvador Elizondo. La autocrítica literaria.

Si bien la autorreflexión se ha concretado como un factor clave para comprender y visualizar el trayecto del proyecto de Salvador Elizondo, ésta tiene su correspondencia: la autocrítica.

Para reconocer el tránsito y la formulación del concepto "autocrítica" utilizado por el mismo Elizondo, habrá que entender que su escritura tiene ecos de Mallarmé y Blanchot, así como las crecientes inquietudes sobre la extinción del lenguaje y la poesía pura. Todo ello conforma la concepción de escritura autocrítica que después retomará Elizondo en su artículo "*Taller de autocrítica*" publicado en la revista Plural en 1972, y que aparecería en su libro de ensayos *Teoría del infierno* en 1992 como "La autocrítica literaria".

En él destaca que la autocrítica es un "arte torpe" y complejo, el cual, frecuentemente, pone en evidencia la relación entre el escritor y su obra. La autocrítica opera, entonces, como una revisión analítica de la propia obra que según Elizondo: "está tan consciente de ser un Yo como de que ése es un Yo que está escribiendo, que está **cumpliendo en sí mismo en tanto que escritura y en tanto que Yo**", y aunque este trabajo podría caer en subjetivismos, echando por tierra la función lógica y especializada que el trabajo crítico conlleva, y muy a pesar de sus imposibilidades, Elizondo menciona que es posible su realización:

"Sería necesario obtener, no una crítica tardía de la obra, sino una crítica inmediata de la escritura: una crítica que estuviera empleada como método y que se fundara en el esquema "Escribo. Escribo que escribo, etcétera...". Es decir, sería necesario poder verse escribir como procedimiento mismo de la escritura.

Esta noción del Yo ante la escritura devela nuevamente la pasión de Elizondo por la mente y sus constructos; nos muestra, precisamente, a un autor obsesivo que construye y reconstruye sus procesos a la menor provocación y toda esa labor de reinventarse ocurre, ciertamente, en el plano escritural. Es claro que la escritura siempre ha sido para Elizondo una experiencia interior. Como lo menciona en la entrevista que le dio a Adolfo Castañón en 1985: "**Yo he optado por el mundo de la realidad interior** [...] La realidad exterior me parece menos

rica tanto en experiencias negativas o positivas, mucho más ricas en la realidad interior; en la realidad exterior la experiencia muchas veces se detiene en el otro personaje que participa.”

Estas declaraciones se vuelven un factor clave al tratar de entender la postura del Yo no sólo ante la autocrítica, sino también en la autorreflexión. Salvador Elizondo parte de sí mismo, de sus ideas y su recinto mental para dar pie a la labor escritural. En el ejercicio “Escribo. Mentalmente me veo escribo escribir que escribo...” hace uso del plano real, claro, pero la materia prima de sus escritos está alojada en el recinto mental y son las posibilidades de una idea las que formulan las diferentes propuestas en un solo escrito.

Del mismo modo, el ejercicio de partir del Yo le da tonos mucho más intimistas al trabajo, por ende, se realizan casi inmediatamente después de la escritura y es por ello que el ejercicio no se detiene, pero tampoco las nociones críticas y reflexivas.

Elizondo apela a la unión de la técnica de la labor crítica y la voluntad, así que sugiere llevarlas a un punto extremo en la autocrítica, como si el escritor/escrība no diera tiempo a una revisión posterior, como al momento de escribir estuviera ya revisando, criticando y reformulando su trabajo para continuar con su labor escritural, es decir, este proceso sólo se logra con el desarrollo ininterrumpido del pensamiento de la escritura y la escritura misma.

En el artículo “La autocrítica literaria”, Salvador Elizondo nos hace partícipes de su concepción de autocrítica, la reelaboración de ideas y el repliegue del escritor que escribe.

La construcción, reconstrucción y sobre-construcción de una idea que vive y vuela libre en la mente es tan maravillosa como obsesiva, y es que para un escritor siempre existirá una mejor forma de decir “lo que ya dijo” e ir escalando en persecución, no de la excelencia sino de la fidelidad a los constructos mentales. La labor del escrība parece tener un repliegue también (así como todas las pasiones de Salvador Elizondo): la función autocrítica.

En ese mismo artículo Elizondo menciona que esta labor podría implicar caer en subjetivismos, pensar en que los textos al ser escritos estaban motivados por pasiones absolutas que confundirían toda noción crítica, haciendo que se piense en la obra de una forma autobiográfica donde las cualidades de la obra se vuelven anécdotas. Evidentemente la labor autocrítica es intrínseca y para poder realizarla de manera objetiva parece necesario el juicio de un “otro”, es así como llegamos nuevamente a la figura del escrība.

El escriba se vuelve un reflejo del escritor, un constructo capaz de indagar en el recinto mental de Salvador Elizondo y actuar fijando, a través de la escritura, todas aquellas ideas que circulan en la mente del autor, y al mismo tiempo debe tener la capacidad de actuar críticamente, en un juego de construcción y sobre-construcción de una idea y las posibilidades del lenguaje.

A propósito de todo esto, *El grafógrafo* hace de este principio su esencia. La voz enunciativa —el escritor, el escriba— se somete a un ejercicio conjetural para formular una hipótesis con respecto a un hecho, un escenario o una idea, la cual se reformula, se describe y reconfigura en más de una ocasión, pero siempre apelando a la movilidad y los cambios de todo aquello que ocurre en la mente del escritor y es el lector, precisamente, quien a través de su intuición encaja las piezas de este simulacro.

Si el fin de la autocrítica es la búsqueda de esa forma que lleva implícita todas las posibilidades del lenguaje y que constituye el primer principio en que se funda la posibilidad misma de la escritura, entonces para el escritor el lenguaje es el instrumento; un instrumento cuya empuñadura no siempre se adapta bien a nuestros metacarpos. La opción está en desbastar el mango y transformar el esqueleto [...] como si se tratara ya no de una cosa en la que el espíritu, la voluntad y la técnica se conjugan para producir algo, otra cosa o un efecto, sino como si se tratara de una cosa que es resultado de sí misma.

Con la función autocrítica, la figura del escriba se vuelve más importante; ambas se tornan elementos constantes en el proyecto elizondiano se vuelven las herramientas, ejes medulares que perfilan más y más el trayecto de Salvador Elizondo en el momento de la escritura.

La autocrítica funciona como una máquina en la que el escritor, con su pluma fuente, escribe y al mismo tiempo crea a otro, su personaje, el escriba como ente autocrítico; responde a los estímulos de esa idea primera, repensada y reformulada y crea nuevos constructos (efecto de simulacro), de las cuales surge nuevamente la idea de trascender mediante la escritura... y ahí va de nuevo el escritor a escribir, el escriba a realizar el ejercicio escritural autocrítico y así, una y otra vez.

Como podemos darnos cuenta, la labor de la escritura y el papel del escriba no terminan nunca. La autocrítica es imprescindible para Salvador Elizondo y su poética de lo infinito; en *El grafógrafo* esa autorreflexión y autocrítica se vuelven palpables, pasiones móviles que engloban no sólo la obra de Salvador Elizondo sino también su rumbo personal y el camino que tomará toda su vida literaria:

El escritor es el a priori o el ipse del texto. El lector es el a posteriori [...] de la misma manera que el crítico es un lector profesional o que su identidad puede confundirse con la del autor [...] ¿quién y cómo se ejerce cuál función sobre la verdadera naturaleza del texto? [...] no queda otro camino que el de construir hipótesis o conjeturas anacrónicas acerca de la posibilidad que la escritura hubiera tenido en su propio pasado de haber sido en el futuro otra cosa que la que, de hecho, ya es en nuestro presente.

En varios sentidos, la autocrítica y la autorreflexión parecen corresponderse: ambas implican una búsqueda: la unión de técnica y voluntad para hacer una interpretación de esas realidades interiores, fundiéndolas con la realidad de alguna forma, y esta forma es la escritura. En este punto, Salvador Elizondo juega con todas las posibilidades que surgen de una idea recreándola infinidad de veces, lo que puede traducirse en dos cosas: explotar una idea al máximo y llevarla hasta las últimas consecuencias o, mejor aún, indagar en cada una de las posibilidades en las que puede transformarse una idea quizá criticando y modificando una y otra vez la materia prima de la que está hecha la idea pero que, en esencia es la misma.

Para esta investigación elegí algunos textos de *El grafógrafo*, aquellos que me parecieron son la muestra de la esencia del proyecto escritural de Elizondo: "*El grafógrafo*", "*Sistema de Babel*", "*Mnemothreptos*", "*Tractatus rethorico-pictoricus*" y "*El Objeto*". Si revisamos a fondo estos textos, notamos que pueden dividirse por su temática o propuesta, yo propongo dividirlos en dos ejes: en primer lugar, el ejercicio de la escritura, en el cual se describen los métodos de una escritura que se vuelca sobre sí misma, tratando de explorar y crear nuevas posibilidades del lenguaje; y en segundo lugar, el postulado del papel del escritor y desdoblamiento pero también su carácter de creador.

Primero tenemos "*El grafógrafo*"; en este primer texto, dedicado a Octavio Paz, el autor nos da pistas de lo que conforma su obra: la labor de la escritura. El desarrollo del texto es precisamente ese, la escritura y cómo es que ésta ocurre en diversas perspectivas: me veo escribir que escribo, escribo que escribo, mentalmente me veo escribir, me recuerdo, me imagino... parece un juego del autor, pero en el fondo está el ejercicio de la escritura y la repetición, a la vez el lector se cuestiona ¿Quién ve e imagina? ¿Quién recuerda?, o mejor aún ¿Quién escribe?

"*Sistema de Babel*" propone una reconfiguración y creación de un nuevo lenguaje. Es importante mencionar que una de las herramientas primordiales de Elizondo es la imaginación, a través de ella es posible

reflexionar y proponer un papel nuevo para la literatura; en este texto es muy perceptible ese juego de la imaginación. A través de un sistema pensado y puesto en práctica propone la dislocación de un lenguaje que conocemos para otorgarle un nuevo sentido al significado y signifiante: un gato que ladra, un perro que maúlla... Toda una nueva Torre de Babel, en pos de lo interesante y novedoso.

"*Mnemothreptos*" es probablemente uno de los apartados en los que se ven expuestas con mayor claridad las intenciones del autor. 59 palabras forman parte de un proyecto de desarrollo de la escritura, donde se trata simplemente de escribir. De diversas maneras, con estilos y palabras distintas el autor retrata la misma escena y, con una idea de fe de erratas como la labor del escritor que escribe y corrige, el postulado autocrítico se vuelve el móvil principal del apartado.

"*Tractatus rethorico-pictoricus*" también retoma el ejercicio de la probabilidad en la escritura, recupera la noción del tratado y entabla un diálogo directo con la filosofía del lenguaje de Wittgenstein, además de proponer elementos nuevos, tales como ambiciones secretas y miradas que develan.

"*El Objeto*" es, de nuevo, un juego de posibilidades y metamorfosis imaginarias de un objeto el cual es descrito de distintas formas pero que, a mi parecer, son una extensión del escritor ¿Será la mano o el instrumento de la escritura, es decir, el grafógrafo? Mi objetivo aquí será desentramar lo que se oculta detrás de ese "objeto", sus implicaciones y su relación con la escritura.

La dinámica de análisis de los textos "*El grafógrafo*", "*Sistema de Babel*", "*Mnemothreptos*", "*Tractatus rethorico-pictoricus*" y "*El objeto*" será precisamente seguir los ejes descritos anteriormente: la metapoética, el papel de las geometrías imposibles, las limitaciones del lenguaje y la construcción del escriba y cómo es que éstos están guiados, a su vez, por la función autocrítica y autorreflexiva. Tanto los cuatro ejes primeros como las funciones de la escritura serán elementos claves para develar el funcionamiento de la escritura de Salvador Elizondo, y no sólo en el volumen de *El grafógrafo* sino también como una forma de distinguir los ecos y las obsesiones que lo han acompañado a lo largo de su trayecto como escritor.